

EL DESARROLLO SOSTENIBLE. UN ESPEJISMO Y UNA TRAMPA PELIGROSA

C. R. Nixon

Hasta tanto no se reconozca y se dé prioridad absoluta al objetivo de una ecosfera sostenible, es probable que el esfuerzo y los programas basados en el concepto de desarrollo sostenible se desperdicien corriendo en pos de una meta inalcanzable. Peor aún, mientras se pierde el tiempo en la búsqueda de esa quimera que es el «desarrollo sostenible», la situación global de la ecosfera terrestre seguirá agravándose a un ritmo cada vez mayor.

EL «DESARROLLO SOSTENIBLE»: EL OXYMORON

La especie humana se engaña al subirse al carro atractivo pero absolutamente vacío del «desarrollo sostenible» con su promesa de rescatar a los seres humanos del desastre medioambiental que ellos mismos han propiciado.

Peor aún, las expectativas inalcanzables del «desarrollo sostenible» distraen nuestra atención de cualquier acción con probabilidades de éxito para enderezar la catastrófica situación en que la especie humana está sumiendo a la ecosfera terrestre a un ritmo cada vez mayor. Cuanto más nos esforcemos por lograr el «desarrollo sostenible», tanto más inaprensible será la situación.

El «desarrollo sostenible» podría ser una de las mistificaciones más nocivas que se hayan perpetrado. Desgraciadamente, no nos la han presentado como una mistificación, sino como una idea sincera que se supone que permitirá a la especie humana corregir el daño producido a la ecosfera sin dejar de gozar de los frutos del desarrollo.

¡Esto es tan impracticable, por no decir imposible, como tratar de sorber y soplar al mismo tiempo!

La expresión «desarrollo sostenible» es una *contradictio in termini*: un *oxymoron*. Es peligrosamente engañosa por cuanto nos ofrece la promesa de un desarrollo indefinido; nos dice que el desarrollo (el sustantivo) está por encima de la sostenibilidad (el adjetivo); que no existe una crisis que ponga en peligro la capacidad que tiene el planeta para sustentar la vida; y que el comportamiento de la especie humana para con la ecosfera, o la relación entre los seres humanos y las demás especies de la tierra, no plantea conflicto alguno.

Cuando se añade al concepto de «desarrollo sostenible» la advertencia «un desarrollo que responda a las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades», el mensaje se falsea aún más. En sí misma, la advertencia implica una «ecosfera sostenible», consideración insalvable y prioritaria para que exista un fu-

turo duradero, sea del tipo que sea. Claro que esa condición impone límites al desarrollo de la especie humana, que debe quedar subordinado al logro de una ecosfera sostenible.

Conformarnos con construcciones ambiguas, lo cual explicaría la invención del término «desarrollo sostenible», puede que sea pragmático, pero no contribuye a una comprensión clara. Puede que esta construcción ambigua se justificase para obtener el acuerdo de los políticos de todo el orbe que forman la Comisión Brundtland, pero en modo alguno debería perpetuarse cuando de lo que se trata es de conseguir acuerdos medioambientales internacionales. Lo que se necesita es claridad y franqueza. Esto nos trae a las mentes aquel antiguo proverbio que dice: *¡Oh, qué intrincada red tejemos cuando empezamos a practicar el engaño!*

Ya es suficientemente difícil discutir y tratar de resolver situaciones complejas cuando se utiliza el lenguaje más claro y preciso. Pero cuando se meten por medio factores distorsionantes, lo que se hace es engañar al público, plantear expectativas irrealizables y desviar un esfuerzo enorme hacia la consecución de un «desarrollo sostenible» que debería considerarse, sin lugar a dudas, como algo inalcanzable.

Hasta tanto no se reconozca y se dé prioridad absoluta al objetivo de una ecosfera sostenible, es probable que el esfuerzo y los programas basados en el concepto de desarrollo sostenible se desperdicien corriendo en pos de una meta inalcanzable. Peor aún, mientras se pierde el tiempo en la búsqueda de esa quimera del «desarrollo sostenible», la situación global de la ecosfera terrestre seguirá agravándose a un ritmo cada vez mayor.

LAS PREGUNTAS

El hecho innegable de que una *ecosfera sostenible* es el requisito básico y al mismo tiempo el límite para el desarrollo humano, plantea multitud de preguntas.

— ¿Por qué no se reconoce explícitamente y se pone en conocimiento de todos que el desarrollo sostenible es una meta inalcanzable, y que el objetivo prioritario *debe ser una ecosfera sostenible?*

— ¿Por qué no se encaminan los esfuerzos y los programas relacionados con el medio ambiente hacia la consecución de una ecosfera sostenible

y no hacia al quimérico concepto de «desarrollo sostenible»?

— ¿Por qué hay tantos funcionarios, políticos, académicos, comunicadores y analistas que guardan silencio cuando deberían percibir también (y puede que lo hagan) la vacuidad del concepto de «desarrollo sostenible»?

Los factores que estas preguntas traen a colación bien merecen una discusión.

PRIORIDADES Y OBJETIVOS

¿Cuál es el problema fundamental a largo plazo con el que se enfrenta la humanidad? ¿Es la capacidad para ofrecer un futuro para la vida que conocemos en este planeta, o sea, la consecución de una ecosfera sostenible? ¿O será tal vez el alivio de las múltiples aflicciones que aquejan a la condición humana, como son la pobreza, la enfermedad, el hambre, el analfabetismo, etc.

Sin duda alguna se debe dar prioridad al restablecimiento de una ecosfera sostenible. Esto no sólo es la prioridad absoluta, sino que también es un requisito básico para el alivio del deplorable estado de la condición humana en que está sumida la mayor parte de la población del mundo.

Teniendo en cuenta esta prioridad indiscutible a largo plazo, llegamos a la conclusión de que para que cualquier desarrollo económico y humano sea sostenible debe producirse dentro de unos límites que no frustren el restablecimiento de una ecosfera sostenible.

Desgraciadamente, ese sentido de prioridad de una ecosfera sostenible brilla por su ausencia en el informe Brundtland y en todos los documentos surgidos de la Conferencia de Río de la UNCED. En un intento de contemporizar, estos documentos y el debate correspondiente han dejado la falsa impresión de que existe libertad de elección; que no hay un conflicto de prioridades entre mejorar la situación de la humanidad y tomar medidas para el logro de una ecosfera sostenible. La idea aceptada del informe Brundtland y de la UNCED y su programa de seguimiento se basan en que los problemas de restablecimiento de una ecosfera sostenible y la mejora de la situación de la humanidad para la mayor parte de la población mundial deben abordarse simultáneamente. Al tratar de lograr los dos objetivos al mismo tiempo se pone en peligro la consecución de ambos.

La falta total de percepción de unas prioridades claras es peligrosa. ¡No tenemos elección! No se trata de ver qué fue primero, si el huevo o la gallina. Es evidente que una ecosfera sostenible

debe ser lo primero, aun cuando esto se haga a expensas de la humanidad y con el sufrimiento de ésta. No se puede dejar de lado la ecosfera sostenible mientras se da preferencia a la situación de la humanidad, ni puede considerarse que el mejoramiento de la situación de la humanidad es un requisito básico para conseguir una ecosfera sostenible. No está de más repetir que el restablecimiento de una ecosfera sostenible es un requisito básico para mitigar la situación de la humanidad. Si no tenemos claro los objetivos y las prioridades, entonces lo más probable es que no surja un plan viable.

Además de no mostrar el menor sentido de prioridad, el informe Brundtland y el trabajo y debate subsiguientes (incluida la Conferencia de la UNCED) en torno al «desarrollo sostenible» dan la impresión de que el medio ambiente es algo que está ahí para ser manipulado en beneficio de la humanidad. Esta perspectiva totalmente antropocéntrica nos lleva a pensar que los que han tenido en sus manos la responsabilidad de las actividades nacionales e internacionales relacionadas con el «desarrollo sostenible» no entienden o prefieren pasar por alto que la ecosfera no es algo que esté a disposición de la humanidad, sino que los seres humanos deben reconocer lo que se necesita para una ecosfera sostenible y adaptar a ello sus actividades. De lo contrario, es posible que la ecosfera entre en una nueva fase de funcionamiento que a la humanidad ni le guste ni le beneficie en absoluto.

REQUISITOS BASICOS

Los requisitos básicos evidentes para la consecución de una ecosfera sostenible son:

— Que se mantenga la variedad y diversidad de la biota de la tierra, dentro de la evolución y extinción de las especies que se producen naturalmente, ya que cada forma de vida es un vínculo o componente esencial de la red continua que se necesita dentro de una ecosfera sostenible.

— Que las características del espacio que se extiende por encima de las tierras y las aguas del planeta se mantenga dentro de los estrechísimos límites de la composición química y las propiedades físicas que hacen posible la vida tal como la conocemos.

— Que se mantengan la calidad y la cantidad de las tierras y las aguas del planeta de modo que puedan constituir un hábitat y un asentamiento adecuados para la biota terrestre en todas sus formas.

Nota bene: En estos requisitos básicos nada se dice sobre la especie humana. Estos requisitos básicos son ecocéntricos, no antropocéntricos, como debe serlo el contexto para que todos los esfuerzos humanos se encaminen a la corrección de los desastres medioambientales provocados por la humanidad.

Obsérvese también que estos requisitos básicos son totalmente diferentes de las principales preocupaciones antropocéntricas por lo que respecta al futuro, por ejemplo un suministro adecuado de alimentos para los seres humanos, el alivio de la penosa situación de la humanidad, la reducción de la contaminación y la disponibilidad de energía y de recursos para mejorar el nivel de vida de los seres humanos.

Estos requisitos básicos para una ecosfera sostenible imponen más limitaciones al desarrollo económico y humano. Es decir, que la primera consideración de cualquier programa para el desarrollo económico y humano *debe* ser que no violen ninguno de estos requisitos básicos sin establecer una medida compensatoria adecuada, ya sea simultáneamente con el programa de desarrollo o dentro de un marco temporal que permita garantizar que no se vaya a poner en peligro el logro de una ecosfera sostenible.

Se suele esgrimir a menudo el argumento de que es necesaria una economía sana para poder dedicar recursos a la corrección de las cuestiones medioambientales. Esto significa que debe haber desarrollo económico, una economía en crecimiento, con más y más puestos de trabajo, una mayor extracción de recursos y la consiguiente producción de residuos. También significa, como ha sucedido en la mayor parte de los países superdesarrollados, que una de las primeras partidas del gasto público que hay que reducir durante una recesión es la de los fondos asignados a la corrección del daño medioambiental.

LA RESPUESTA

Decir o creer que una economía sana es algo que debe ir por delante del abordaje de los problemas de la ecosfera transmite el mensaje claro e inequívoco de que el desarrollo y el mejoramiento de la situación inmediata de la humanidad tiene prioridad sobre la corrección del problema de la sostenibilidad de la ecosfera. Ese sentido de las prioridades, con esa percepción que tiene más de antropocéntrica que de ecocéntrica, sólo puede redundar en más destrucción de la capacidad de la ecosfera para servir de asiento a la vida.

En el mundo subdesarrollado parece que la cuestión predominante es que la situación humana es tan terrible y requiere un esfuerzo de tal magnitud que los países que lo conforman no pueden distraer ni el menor esfuerzo para corregir la situación de la ecosfera. Además, se sostiene que como la situación humana es tan apremiante es posible que los países subdesarrollados tengan que dar prioridad a mejorar la situación humana aun cuando esto dé como resultado la destrucción de la sostenibilidad de la ecosfera. ¡Esto equivale a decir que la única manera de sobrevivir es suicidarse!

La respuesta de que debe darse prioridad a mejorar la situación humana por lo que respecta a los países subdesarrollados no reconoce el carácter absolutamente esencial de una ecosfera sostenible para que sea posible cualquier futuro duradero. Tampoco reconoce que no tenemos libertad para elegir entre mejorar la situación humana y corregir la situación de la ecosfera. Evidencia además a las claras una confusión de ideas por parte de los países superdesarrollados en dos aspectos.

En primer lugar, los países superdesarrollados deben ser los primeros interesados en hacer posible que los subdesarrollados avancen algo en el sentido de mejorar la pésima situación de su población sin destruir la ecosfera. No es una cuestión de caridad ni de ayuda. Que los países superdesarrollados ayuden a los subdesarrollados es una cuestión de puro y simple egoísmo. De lo contrario, es muy probable que los países subdesarrollados tomen con absoluta conciencia la senda del desarrollo como antes lo han hecho los países superdesarrollados, destruyendo así la ecosfera para todos.

En segundo lugar, puede que simplemente no sea posible llegar en el ámbito mundial a un nivel medio de consumo de energía y recursos *per cápita* como el que existe en el mundo superdesarrollado sin destruir la ecosfera. Y esto aun en el caso de que los países superdesarrollados obtuviesen un éxito rotundo en lo que se refiere a la conservación de la energía y a la reducción en el consumo de recursos (renovables y no renovables). Fundamentalmente han sido los menos de 1.000 millones de habitantes de los países superdesarrollados los que han desencadenado la situación tan desastrosa de la ecosfera en las cinco últimas décadas. Esta reducida minoría que ha dado lugar a este desorden tendría que reducir su consumo material y energético, así como su producción de desechos por puro y simple egoísmo, aun cuando los 5.000 millones (en rápido crecimiento) del mundo subdesarrollado tratasen de emular el estilo de

vida de los países superdesarrollados. Aunque en realidad, las sociedades superdesarrolladas deben reducir doblemente su consumo energético y de recursos y su producción de desechos para dar cabida a que los países subdesarrollados consuman más recursos energéticos y produzcan más desechos en un intento de mejorar sus condiciones de vida...

¿Se vislumbra alguna acción en alguno de estos sentidos en los programas o tan siquiera en la retórica de los países superdesarrollados? ¿Hay algún indicio de actuación o de que se plantee siquiera que los países superdesarrollados deban reducir drásticamente su nivel de consumo energético y de recursos *per cápita* y la consiguiente producción de desechos y de contaminación? La respuesta es un ¡NO! rotundo a ambas preguntas.

En los países superdesarrollados se prefiere poner de relieve la explosión demográfica del mundo subdesarrollado. Consideran a esta población creciente, con aspiraciones al nivel de vida de los países subdesarrollados, como un grave problema potencial. Evidentemente esta respuesta es un intento de descargarse de culpas y una pura negación de la realidad de que son los países superdesarrollados los que provocaron este desastre en que está sumido el planeta. Esto se hizo directamente mediante un consumo insostenible de recursos (renovables y no renovables) y mediante la producción de los consiguientes desechos, sobrepasando la capacidad de absorción de la ecosfera. Y de una manera indirecta se hizo también induciendo en los países subdesarrollados hábitos y costumbres que han destruido la anterior forma de vida, sostenible aunque dura, de estos países.

Dicho sea de paso: dada la preocupación que suscita en los países superdesarrollados la explosión demográfica, ¿por qué no se enfocan primordialmente los presupuestos de ayuda hacia la planificación familiar y la anticoncepción? Datos proporcionados por el Population Crisis Centre nos hacen pensar que si hubiese una disponibilidad más extensa de instrumentos de anticoncepción se utilizarían mucho más (como lo demuestra la experiencia del «Sr. Condón» en Tailandia), pero que la falta de fondos es la barrera más importante para lograr un uso más difundido de la anticoncepción en los países subdesarrollados. Los datos apuntan a que Noruega tiene la mayor parte, un 4 por 100, del presupuesto de ayuda dirigido a la planificación familiar, mientras que Canadá dedica a ello sólo un 1 por 100. Esto nos lleva a pensar

que en los países superdesarrollados no se da gran prioridad a la planificación familiar para evitar la explosión demográfica.

POCA DISPOSICION A ENCARAR LOS PROBLEMAS

Los anteriores comentarios dan respuestas esenciales a las dos primeras preguntas:

— ¿Por qué no se reconoce explícitamente y se pone en conocimiento de todos que el desarrollo sostenible es una meta inalcanzable, y que el objetivo prioritario *debe ser una ecosfera sostenible*?

— ¿Por qué no se encaminan los esfuerzos y los programas relacionados con el medio ambiente hacia la consecución de una ecosfera sostenible y no hacia al quimérico concepto de «desarrollo sostenible»?

La especie humana no da muestras de tener claros los objetivos a largo plazo y las prioridades pertinentes para la perduración de la vida sobre la Tierra; por tanto, no reconoce la posibilidad de que los requisitos básicos para ese objetivo a largo plazo sean ecocéntricos, relegando las preocupaciones del hombre a un segundo término y subordinándolas al restablecimiento de una ecosfera sostenible.

La especie humana, especialmente en los países superdesarrollados de tradición judeo-cristiana, es tan culturalmente egocéntrica y antropocéntrica que, por lo general, la preocupación predominante es la del bienestar humano, sobre todo el propio de cada individuo. Para la forma corriente de pensar de los seres humanos es inconcebible sugerir, y no digamos ya aceptar, que el bienestar humano debe pasar a un segundo plano frente al bienestar de la ecosfera; que el bienestar de la ecosfera es un requisito básico para el bienestar humano; y es impensable que todos los habitantes de las sociedades superdesarrolladas admitan que todos son fundamentalmente responsables de la destrucción de la sostenibilidad de la ecosfera. Hasta tanto no se corrijan estas debilidades, este bloqueo mental de los seres humanos, la especie humana seguirá sin tener la menor idea de cuáles son las prioridades a largo plazo para la continuidad de la vida sobre la Tierra, y menos aún para el futuro de la especie humana, y seguirá dirigiendo la mayor parte de sus esfuerzos hacia un inalcanzable «desarrollo sostenible».

Los países superdesarrollados han considerado que aferrarse al concepto de «desarrollo sostenible» era una manera fácil de corregir el desastre

medioambiental sin sufrir el menor quebranto, sin abandonar ninguna de las comodidades de la vida actual que dependen del consumo energético y material y producen los consiguientes desechos. Los países subdesarrollados ven en la idea del «desarrollo sostenible» una promesa que les permitiría desarrollarse hasta alcanzar el nivel de vida del mundo superdesarrollado sin contribuir al mismo tiempo a la destrucción de la sostenibilidad de la ecosfera. ¿No les suena esto a nadar y guardar la ropa, a ilusos devaneos, castillos en el aire? ¿A aquello del gran duque que no llevaba nada encima?

La pregunta más penosamente difícil, pero la de importancia más crucial, es la última:

— ¿Por qué hay tantos funcionarios, políticos, académicos, comunicadores y analistas que guardan silencio cuando deberían percibir también (y puede que lo hagan) la vacuidad del concepto de «desarrollo sostenible»?

La respuesta es crucial porque precisamente son los individuos de este grupo los que tienen la capacidad para decidir sobre la dirección y también sobre la puesta en práctica de cualquier intento de corregir el desastre en que el hombre ha convertido a este planeta. Si estos individuos no tienen ideas claras sobre la situación ni tienen claros los objetivos, las prioridades y los requisitos básicos a los que ya nos hemos referido, es probable que los intentos nacionales e internacionales relacionados con la ecosfera no sólo vayan en la dirección errónea, sino que además sean contraproducentes en el sentido de que no sólo frenarán sino que además no revertirán la destrucción de la ecosfera, que, en consecuencia, no llegará nunca a una situación de sostenibilidad.

La angustia y la dificultad que implica tratar de responder a la última pregunta surge de la necesidad de indagar en las motivaciones que llevan a los funcionarios, los políticos, los académicos y los que escriben sobre cuestiones del medio ambiente, así como a aquellos que se consideran expertos en el tema, a evitar la mera discusión, y mucho menos el tratamiento, de los peores aspectos de la cuestión de la ecosfera.

ALGUNAS CUESTIONES IMPORTANTES (Y POR QUE NO SE LAS ESTUDIA)

La capacidad del planeta

¿Qué capacidad tiene el planeta para sustentar la vida humana *sin violar los tres requisitos bási-*

cos mencionados para una ecosfera sostenible? Esta pregunta es de una importancia indiscutible. Sin duda es susceptible de un análisis global. ¿Se está abordando con seriedad? No, en ninguno de los escritos que han caído en mis manos. ¿Por qué no se ha encarado esta cuestión? Tal vez porque quienes tienen una apreciación global de la cuestión de la ecosfera tienen el presentimiento visceral de que la respuesta puede estar muy por debajo de la población actual del mundo y de que ellos no tienen la menor idea de cómo lograr una reducción en las cifras de población. Es probable que en algún momento la desenfrenada población del mundo y su consumo de recursos, su producción de desechos y la consiguiente destrucción de la sostenibilidad de la ecosfera hayan sobrepasado los límites de la reversibilidad. En lugar de hacer frente a esta negra perspectiva, es preciso evitar la temida cuestión de la capacidad sustentadora de la vida humana que tiene el planeta en una ecosfera sostenible.

El ímpetu irrefrenable hacia la insostenibilidad ecológica lo iniciaron esencialmente menos de 1.000 millones de seres humanos de los países superdesarrollados en un lapso de unos cincuenta años, funcionando durante ese período a unos niveles de consumo energético y material y de producción de desechos por debajo de los que actualmente se están produciendo. En esta situación es necesario un acto de fe y de imaginación para creer que el planeta, con una ecosfera sostenible, sería capaz de soportar ni siquiera a 2.000 millones de habitantes con el nivel de vida de los países superdesarrollados. A la misma conclusión general se llega examinando el consumo energético medio *per cápita*. También se llega a una conclusión similar tras examinar el potencial de producción de alimentos en condiciones de una ecosfera sostenible. ¿Por qué no se presta más atención a este tipo de análisis y de reflexión? Tal vez porque hacerlo podría poner sobre el tapete el tipo de respuestas que no queremos oír. ¡Por tanto, estas cuestiones no se analizan ni se discuten en los foros públicos!

Un hábitat protegido

Otra cuestión que no se ha debatido es qué cantidad de tierras no cultivadas, bosques, humedales, etc., deben preservarse para garantizar un hábitat suficiente para la propagación sostenible de la biota del planeta. Se trata, sin duda, de una cuestión fundamental para el restablecimiento de una ecosfera sostenible. ¿Se está haciendo algo al

respecto? ¿Se están trazando los planes sobre el desarrollo humano teniendo en cuenta la respuesta a esta pregunta? Por lo que vemos no se está abordando esta cuestión y el desarrollo humano sigue adelante como si no estuviese justificado plantear la pregunta y mucho menos contestarla.

Los alimentos

Una cuestión vinculada pero subordinada a la capacidad sustentadora del planeta en una ecosfera sostenible es la siguiente: ¿qué cantidad de alimentos para el consumo humano es posible producir manteniendo las condiciones para una ecosfera sostenible? Se han publicado reiteradamente estudios que sostienen que es posible producir alimentos suficientes para otros 10.000 millones de habitantes. Sin embargo, para ello haría falta no sólo continuar, sino aumentar todos los factores que han contribuido al enorme crecimiento en la producción alimentaria conseguido desde 1950; por ejemplo, la elevada utilización de fertilizantes inorgánicos, pesticidas, herbicidas, irrigación y desmonte de las tierras, todo ello unido a la introducción de variedades de cereales de gran productividad desde la «revolución verde». Este no es un sistema sostenible de agricultura. Así pues, la cuestión fundamental sigue refiriéndonos a lo que sería la producción alimentaria del mundo *con los requisitos básicos para una ecosfera sostenible* donde se hayan dejado de lado los factores que han contribuido a aumentar considerablemente la producción de alimentos para que la ecosfera pueda ser sostenible.

En un estudio reciente publicado por el International Rice Research Institute se dice: «En suma, se ha considerado que la Revolución Verde es insostenible» (*Globe and Mail*, 2 de febrero de 1993). Otro informe reciente (*Ottawa Citizen*, 30 de enero de 1993) se titulaba: «El hambre no desaparecerá: la escasez de alimentos en el mundo será ocho veces mayor en el año 2000», y decía después que sin un aumento en la investigación y conservación agrícolas, «la trágica hambruna de Somalia parecerá insignificante comparada con la escasez generalizada de alimentos a la que se enfrentará el mundo hacia fines de la presente década». Esto hace que sea ocioso preguntarse qué consecuencias de la investigación agrícola podrían protegernos de la vaticinada catástrofe. Como no suceda un milagro nada podría evitar lo que ahora debe considerarse una hambruna catastrófica sumamente probable a lo largo y ancho de toda el África subsahariana.

¿A qué se debe que las autoridades no expongan con claridad esta situación, con planes que no intenten evitar esa catástrofe (ya que lo más probable es que cualquier esfuerzo en este sentido se desperdiciase), sino más bien con planes sobre cómo hacer el mejor uso posible de todo tipo de recursos y esfuerzos para evitar que se repita una situación tan terrible? Quizá para ello fuese necesario aceptar la realidad de una situación inaceptable, ante lo cual tranquiliza más la conciencia y es menos descorazonador ignorar lo inevitable, tratar de dar alivio inmediato (aun cuando la perspectiva es que todos aquellos receptores de ayuda que consigan sobrevivir sucumbirán con la próxima hambruna) y confiar y rezar para que no suceda. Este es un ejemplo de primer orden de cómo evitar decisiones duras como el establecimiento de prioridades del que hablamos en el artículo «Tough Decisions».

La energía

Otra cuestión de envergadura de la que casi nunca se habla es la de la producción y consumo de energía, de la consiguiente generación de desechos en forma de CO₂, otros gases del efecto invernadero, partículas en suspensión y residuos radiactivos, junto con los aspectos relacionados con la salud y la seguridad que implica la producción de energía.

La disponibilidad de energía no animal ha sido y sigue siendo el factor clave para un aumento en el nivel de vida, para el mejoramiento de la situación humana y para la explosión demográfica mundial. La disponibilidad de esa energía también ha sido y seguirá siendo un factor principal no sólo para la producción de desechos que trae aparejado el aumento del nivel de vida, sino también para el aumento del consumo de recursos *per cápita* y el incremento de la población mundial, todo lo cual redundará en la creciente destrucción de la sostenibilidad de la ecosfera. A pesar del papel crucial de la energía, es difícil encontrar cualquier análisis en profundidad que aborde decididamente todos los aspectos de la cuestión energética.

Los países «superdesarrollados» ya no son la causa fundamental del efecto invernadero. En la actualidad no tiene gran importancia lo que se haga en el mundo desarrollado para reducir las emisiones de CO₂, ya sea mediante la conservación de la energía o cambiando del carbón al petróleo o al gas natural, mientras populosos países subdesarrollados como la India, China, Indonesia, etcétera, se embarcan en tremendos programas de

expansión de la producción de energía alimentada por carbón para conseguir desarrollo y para mejorar la situación de sus poblaciones. Si los países superdesarrollados se toman en serio la reducción mundial de emisiones de CO₂, entonces lo que deben hacer es buscar un medio para ayudar a los países en vías de desarrollo a ampliar su producción energética con combustibles diferentes del carbón. Tal como antes hemos indicado, proveer esa asistencia no sería caridad ni ayuda, sino una mera respuesta egoísta del mundo superdesarrollado.

De lo arriba expuesto surgen dos cuestiones ineludibles. En primer lugar, ¿por qué no figura la ayuda al mundo subdesarrollado para producir energía que no genere CO₂ como una cuestión central dentro de los programas medioambientales del mundo superdesarrollado? En segundo lugar, si los países superdesarrollados brindasen ayuda, ¿qué forma adoptaría y qué tecnología se usaría para la producción energética?

El calentamiento del planeta

La primera pregunta trae a colación al menos dos cuestiones. En los países superdesarrollados no se reconoce abiertamente que existe un problema de calentamiento de la Tierra debido al efecto invernadero del gas. Hay quienes sostienen que las altas temperaturas registradas a lo largo de los últimos años están dentro de los límites estadísticos, e incluso que si existiese un calentamiento del planeta sus efectos podrían compensarse gracias al ingenio y al esfuerzo humanos. Esa negación y esa formulación de buenos deseos sin duda no tienen nada que ver con:

- la teoría del efecto invernadero que circula desde hace casi trescientos años;
- las predicciones de varios modelos que circulan por el mundo y cuya credibilidad ha quedado demostrada por su coincidencia bastante razonable con los resultados reales si partimos de datos históricos;
- la marcada correlación entre el contenido de CO₂ de la atmósfera y la temperatura determinada a partir del examen de cinco mil años de los núcleos helados;
- los registros agrupados de altas temperaturas de varios años a esta parte;
- la frecuencia e intensidad cada vez mayores de las tormentas tropicales, lo cual es síntoma de recalentamiento de la superficie terrestre, y
- el hecho de que los efectos que el recalentamiento anunciado de la Tierra pudiera tener di-

versos efectos profundos, cuando no catastróficos, entre ellos la destrucción de zonas costeras de baja altura donde se asienta una gran proporción de la población mundial y la destrucción de la capacidad de producción de alimentos (plantas, tierras y animales marinos) hasta unas proporciones que todavía no se han evaluado plenamente.

Aun cuando se aceptase como inevitable el calentamiento de la Tierra, sigue vigente la dificultad de mover a los países superdesarrollados a aceptar que por su propio interés deben ayudar a los países en vías de desarrollo a poner en marcha programas de producción energética que no generen CO₂, y que esto nada tiene que ver con la caridad ni con la ayuda. Puede que los vecinos más ricos tuviesen que compensar a los países subdesarrollados por su abandono del lujo que representa quemar carbón. Tal vez haya quienes piensen que esto es un chantaje. Esto sólo sería cierto en el caso de que los países superdesarrollados hubiesen realizado un esfuerzo concertado para reducir drásticamente sus emisiones de CO₂, y otros gases de invernadero, abandonando incluso la producción que utiliza el carbón como combustible. Además, los países subdesarrollados han tenido que sufrir sin compensación alguna los efectos de contaminación del mundo ocasionada en el pasado por los países superdesarrollados, por ejemplo las emisiones de CO₂ debidas al alto consumo de combustibles fósiles, con el consiguiente daño para la capa de ozono.

Acabamos de caer en la cuenta de que los países superdesarrollados no han emprendido ninguna acción decidida para reducir drásticamente sus emisiones de CO₂, a pesar del compromiso adoptado en este sentido en 1988. En general, puede afirmarse que los países superdesarrollados no han tomado medida alguna que impusiese privaciones o dificultades o que pusiese en riesgo sus programas económicos para poner fin a la destrucción de la sostenibilidad de la ecosfera. Casi no se avanzará nada en el restablecimiento de una ecosfera sostenible hasta tanto los países superdesarrollados no acepten ese objetivo como prioritario y no tomen conciencia de que el desarrollo económico, el aumento de los puestos de trabajo y el nivel de vida material deben pasar a un segundo plano respecto de la ecosfera.

Hay tres razones para que las naciones superdesarrolladas deban cambiar de ese modo sus prioridades. En primer lugar, porque estos países han propiciado, cuando no ocasionado, la destrucción de la ecosfera, y por tanto deben dar ejemplo y tomar la iniciativa para corregir esa situa-

ción. En segundo lugar, porque independientemente de lo que hagan las naciones subdesarrolladas, si los países superdesarrollados no corrigen sus hábitos, la destrucción de la ecosfera seguirá avanzando. Y por último, porque tras haber gozado de los frutos del desarrollo, el mundo superdesarrollado no puede esperar que el mundo subdesarrollado renuncie a un desarrollo similar a menos que vea en el primer mundo una disposición a asumir la parte del problema que le corresponde.

Supongamos que los países superdesarrollados aceptan que el calentamiento del planeta es inevitable a menos que se reduzcan drásticamente las emisiones de CO₂ y que deben ayudar a las naciones subdesarrolladas en la instalación de programas de producción energética libre de CO₂. ¿Qué tipo de tecnología probada podrían proponer aquéllos? En el mismo sentido, ¿a qué tecnología energética probada podrían pasarse los países superdesarrollados en el caso de que llegasen a la conclusión de que es preciso reemplazar sus propias plantas de producción de energía con utilización de combustibles fósiles? Realmente no hay ninguna respuesta práctica a estas preguntas como no sea afirmar que inevitablemente tendrá que ser en su mayor parte energía nuclear.

Los combustibles alternativos: probabilidades

Si no se tratase de una cuestión de tiempo, si no fueran necesarios cincuenta años para poner a punto una nueva tecnología energética probada para que pudiese contribuir de una manera significativa (por ejemplo, en un 20 por 100) a abastecer la demanda global de energía, estaría la perspectiva de que la energía solar, ya fuese térmica o fotovoltaica, pudiera, *repetimos*, pudiera desempeñar un papel, pero todavía está por demostrarse que la energía solar, en aplicaciones a gran escala, pudiese ser un productor neto significativo de energía. La energía eólica también podría, *e insistimos*, podría ser una contribución una vez superados todos los problemas de fiabilidad, mantenibilidad, accesibilidad, cánones por uso de vientos, acumulación de energía, ruido y distribución por zonas. Por lo que respecta a las energías solar y eólica es preciso contar con algún método de almacenamiento de energía a gran escala que pueda utilizarse cuando no luce el sol o cuando el viento no sopla o lo hace con demasiada intensidad. Sin embargo, en la actualidad todo parece indicar que ni la biomasa ni las modalidades futu-

ristas de energía solar o eólica sean capaces de ofrecer una solución adecuada al problema de la producción energética sin emisión de CO₂ teniendo en cuenta la magnitud de la actual demanda mundial. Al parecer, no hay ninguna alternativa práctica a los combustibles fósiles fuera de la energía nuclear.

El uso continuado de la producción alimentada por carbón implica la aceptación de la actual acumulación de muertes y de sufrimiento por silicosis, accidentes en las minas, accidentes en los pasos a nivel de los trenes de carbón, bronquitis y asma y un flujo continuo de radiactividad de los gases de las chimeneas y las cenizas de las plantas alimentadas con carbón, además del efecto de calentamiento del planeta provocado por las emisiones de CO₂. El daño medioambiental que ocasionan las plantas alimentadas con carbón es inevitable, independientemente de lo estricta que sea la normativa relativa a la producción energética con este combustible. Sin embargo, estos efectos negativos no se presentan en la forma de grandes incidentes espectaculares (salvo en el caso de accidentes de proporciones poco habituales en las minas). Los efectos son más bien soterrados y extensos, debido a las enormes cantidades de carbón que se manipulan y consumen. El carbón ocasiona muertes y sufrimientos individuales que no siempre son directamente atribuibles a la fuente y, por tanto, no ocupan un lugar destacado en los medios de comunicación ni hacen que el público en general tome conciencia de los efectos nocivos de la producción energética alimentada por carbón.

El paso a la energía nuclear evitaría el cúmulo de efectos nocivos de la generación de energía alimentada por carbón, pero introduciría la posibilidad de un importante accidente nuclear como el de Chernobyl, con la consiguiente liberación de radiactividad. También incrementaría el problema del control de grandes cantidades de plutonio, necesario tanto por su extrema toxicidad como por su posible aplicación a la fabricación de armas nucleares, a todo lo cual se sumaría el problema de la eliminación sin riesgos de los desechos nucleares.

Por lo que hace a un posible accidente en una planta nuclear, Chernobyl fue un ejemplo de diseño deficiente, de escasa supervisión del funcionamiento y de experimentación a lo tonto. Fue como si el piloto de un gran avión de pasajeros con ocupación plena hiciese acrobacias y perdiese las alas del avión al tratar de salir de un vuelo en picado deliberadamente largo. No podemos decir que esto sea lo habitual. El accidente de la Isla de

las Tres Millas, aunque no fue debidamente tratado, no liberó la menor radiactividad. Además, en la actualidad contamos con una tecnología nuclear intrínsecamente segura por cuanto el reactor se para cuando la temperatura sobrepasa los límites normales de funcionamiento.

Dicho sea de paso, si hay tanta preocupación en los países superdesarrollados por la posibilidad de accidentes nucleares, ¿por qué no existe un programa concertado entre ellos para ayudar a poner al día y mejorar la fiabilidad del control y los sistemas de seguridad de los numerosos reactores tipo Chernobyl que todavía están en funcionamiento a fin de responder a las necesidades energéticas de los países del antiguo bloque soviético?

Por lo que respecta a la eliminación de desechos nucleares, en Canadá contamos con métodos demostradamente seguros, salvo que surjan hechos tan improbables como que se invierta el sentido de rotación de la Tierra. Y en el caso del plutonio, si la especie humana no es capaz de estructurar un régimen para su control, no hay muchas probabilidades de que pueda hallar una manera de abordar y resolver todas las otras cuestiones que amenazan el restablecimiento de una ecosfera sostenible.

Esto se plantearía como la opción de Hobson. ¿Cuál es el mal menor? Aceptar los efectos negativos de la producción energética alimentada con carbón, incluido el calentamiento del planeta, para un futuro indefinido; arreglarnos con los combustibles fósiles hasta tanto —y si es que ello es posible— la energía solar, eólica o de la biomasa demuestren que tienen posibilidades de reemplazar a las plantas alimentadas por carbón y por energía nuclear; o reconocer que sólo la energía nuclear tiene el potencial necesario para resolver la demanda mundial de electricidad y que sus riesgos no igualan, y puede que incluso sean inferiores, a los riesgos de muerte y sufrimiento por otras causas ya aceptadas en la vida contemporánea.

Desgraciadamente, las reacciones emocionales contra la energía nuclear son tan fuertes, especialmente en Norteamérica, que no es posible un debate racional acorde con los planteamientos mencionados. Se exageran los pocos problemas reales de la energía nuclear, y tanto los movimientos de protesta antinuclear como los grupos de verdes idealistas conjuran una multitud de males imaginarios. Mientras tanto, se siguen aceptando tan calladamente los hechos reconocidos efectos nocivos de las centrales alimentadas con carbón como cuando el hombre quemó carbón por primera vez. Parece como si ese demonio que todos

sabemos que, a menos que lo dobleguemos, acabará con la sostenibilidad de la ecosfera no fuera casi tan de temer como el nuevo demonio de la energía nuclear, aun cuando ésta pueda ser la única manera oportuna de hacer cierta la posibilidad de una ecosfera sostenible.

Las consecuencias de la Cumbre de Río

El engaño que se oculta en la expresión «desarrollo sostenible» se pone al descubierto en todo lo relacionado con la Cumbre de Río y con los acuerdos y documentos resultantes de la misma. Es preciso todo un acto de fe para considerar el episodio de Río de la UNCED como un paso real hacia cualquier forma de sostenibilidad, ya sea de la ecosfera o del desarrollo según la expresión convencional. Además, Río y las actividades anejas que desembocaron en la Cumbre y fueron consecuencia de ella no muestran signo alguno de reconocimiento de que el objetivo debe ser una *ecosfera sostenible*.

Si examinamos los documentos de Río titulados: *Convenciones sobre Biodiversidad y Cambio Climático, Principios de los Bosques, la Declaración de Río y Agenda 21*, podemos llegar a la conclusión de que son los mejores documentos posibles teniendo en cuenta:

— *la falta de aceptación de que la especie humana está destruyendo la sostenibilidad de la ecosfera a un ritmo creciente;*

— *la tendencia antropocéntrica que prevalece en todo el mundo;*

— *el intento de resolver el problema de la sostenibilidad de la ecosfera valiéndose de procedimientos convencionales de la diplomacia internacional.*

Sin embargo, aun cuando estos documentos y el pertinente proceso de la ONU sea lo mejor que nos es dado esperar en las presentes circunstancias, ¿por qué no se eleva la voz de los analistas informados, académicos, funcionarios, políticos y comunicadores para denunciar que el enfoque de las Naciones Unidas del que son ejemplo estos documentos ofrece muy escasas perspectivas de revertir la destrucción de la ecosfera?

Por si no fuera ya mal suficiente que este enfoque de la ONU tuviese escasas perspectivas de éxito, el peligro mayor es que se lo está proclamando como un auténtico progreso y está induciendo a los legos a la complaciente convicción de que todo está bajo control y de que se está resolviendo el problema de lograr una ecosfera sostenible.

Cada uno de los documentos de la Convención tiene apenas más de 20 páginas. Unas tres páginas están dedicadas al preámbulo; cinco contienen consideraciones sustanciales; tres corresponden a información, reseñas y aspectos financieros; cuatro a conferencias y secretariados y cinco a resolución de litigios, ratificación, acceso, etc.; por último, cuatro páginas de anexos. Es decir, que aproximadamente el 25 por 100 de los documentos van a la sustancia y el resto está dedicado a procedimiento y protocolo. ¿Es ésta la única manera de hacer las cosas?

Lo sustancial de las Convenciones es fundamentalmente la tarea de preparar planes nacionales y a continuación integrarlos en las actividades normales de cada uno de los signatarios. Una vez previstas todas las reservas que plagan las convenciones: la soberanía nacional, frases tales como «en la medida de lo posible y según resulte adecuado» y «tomando en cuenta las necesidades de los países en vías de desarrollo», y las blandas incitaciones a la acción con palabras tales como «apoyar» y «alentar», estas convenciones no son en realidad nada más que acuerdos de «hacer todo lo posible».

Todos los documentos están escritos como si todos los signatarios contasen con una organización de gobierno madura y eficaz respaldada por los recursos de los países superdesarrollados. Pensar que los países subdesarrollados, muchos de los cuales carecen de gobierno organizado, de recursos y de motivación, vayan a poner en práctica estas convenciones, teniendo en cuenta que incluso en los países del mundo superdesarrollado resulta difícil identificar una acción decidida, o planes acordes con los compromisos iniciales, establecidos en 1988, para reducir las emisiones de CO₂, es como soñar en colores.

Si esta apreciación de los documentos de la Convención es válida, la lectura de la *Declaración de Río* y de la *Agenda 21* sólo mueve a mayor desesperanza. Los *27 Principios de la Declaración de Río* tienen un marcado sesgo antropocéntrico con el reconocimiento implícito de que el medio ambiente debe ser protegido para bien de la humanidad. Por lo que respecta a los 40 capítulos de la *Agenda 21*, son un buen curso de maternidad. Un defecto importante de la *Agenda 21* es su vaguedad y su poca firmeza por lo que respecta a la cuestión del control demográfico. Sería preciso convertir cada uno de los 40 capítulos en algún tipo de convención (como se hizo con la biodiversidad y los cambios climáticos), con toda la organización burocrática, maquinaria y proceso que ello implica. Imaginen ustedes la magnitud y la

complejidad de todos los secretariados, conferencias, intercambio de información y programas de divulgación, etc., a que darían lugar. Todo esto nos deja pasmados. ¿Hay alguna posibilidad de que este enfoque sea viable? ¡No es probable!

Puede que algunos disientan con determinados aspectos de lo anteriormente expuesto sobre población, energía, calentamiento de la Tierra, producción alimentaria, la relación entre los países superdesarrollados y el mundo en vías de desarrollo y los documentos de Río. Pero la cuestión importante es si el resultado global de todo ello es válido. Si esta imagen pesimista es válida, entonces es necesario responder a esa tercera pregunta:

— ¿Por qué hay tantos funcionarios, políticos, académicos, comunicadores y analistas que guardan silencio cuando deberían percibir también (y puede que lo hagan) la vacuidad del concepto y la impresión equívoca que transmite la expresión «desarrollo sostenible»?

Es probable que sean muchos los factores que contribuyen a dar respuesta a esa pregunta. Aun a riesgo de caer en superposiciones y repeticiones, diremos que hay:

Negación

— Negación de que la especie humana está destruyendo la ecosfera a un ritmo cada vez mayor.

— Negación de que la prioridad absoluta debe ser la consecución de una *ecosfera sostenible*; de que deben prevalecer una filosofía y un modo de actuación humana ecocéntricas y no antropocéntrico-egocéntricas.

— Negación de que *los países superdesarrollados sean los principales culpables*.

— Negación de que los países superdesarrollados *deben limpiar sus propias actividades* que están acabando con la sostenibilidad de la ecosfera, tanto por ser los creadores del problema como para dar ejemplo y marcar el camino a los países en vías de desarrollo.

— Negación de que para corregir la situación se necesitará una *reducción sustancial* en el nivel de vida material de los países superdesarrollados.

— Negación por parte de los países superdesarrollados de que deben reducir su propio nivel de consumo de energía y de recursos y la consiguiente producción de desechos *en su propio interés* y para permitir a los países subdesarrollados aliviar su penuria humana sin destruir la sostenibilidad de la ecosfera al hacerlo.

— Negación de que por mero egoísmo los países superdesarrollados deben brindar *asistencia* a los países en vías de desarrollo para lograr un desarrollo sin destruir la sostenibilidad de la ecosfera.

Temor

— Temor a que un análisis en profundidad basado en los requisitos básicos para una ecosfera sostenible de cuestiones como la capacidad del planeta para sustentar la vida humana, la capacidad de producción alimentaria y el nivel de utilización de energía y de recursos, muestren que el mundo ya ha sobrepasado los límites de una ecosfera sostenible. En otras palabras, este temor lleva a evitar el análisis si se prevé que los resultados pueden ser al mismo tiempo absolutamente inaceptables e inevitables.

— Temor a que la admisión de los resultados del tipo de análisis señalado en el párrafo anterior indique que la consecución de una ecosfera sostenible está fuera del alcance de la especie humana a menos que se introduzcan cambios de conducta y de actitud que se considerarían fuera de todo lo sensatamente admisible. O sea, temor a que la situación haya degenerado hasta tal punto que la catástrofe sea inevitable.

— Temor a que plantear una discusión en los términos indicados en este trabajo pudiese indicar que realmente los supuestos líderes (políticos, espirituales, analíticos, de la comunicación y académicos) no entienden la gravedad de nuestra situación y no tienen la menor idea de qué hacer para ofrecer la orientación y las políticas necesarias para corregir la situación.

— Temor a perder el estatus personal ante los iguales y/o los superiores, considerando que la expresión de inquietudes como las que plantea este trabajo podría ser considerada como una insolencia, cuando no una herejía, capaz de poner en peligro la posición, el estatus y hasta quizá el empleo de quien las formulase. Aunque puede que haya algunas personas que pertenecen a esta categoría, resulta difícil aceptar que no haya un grupo numeroso dispuesto a llamar al pan, pan, y al vino, vino, cuando está convencido de que así es.

DESEO

— Deseo de soluciones fáciles, como el «desarrollo sostenible», envases ecológicos, fabricación casera de abonos y otras medidas correctivas

del tipo «hágalo usted mismo», etc., que prometan la posibilidad de una ecosfera sostenible sin dificultades, sin sacrificios (especialmente en los países superdesarrollados) y sin modificar la conducta o la actitud frente a la especie humana y al medio ambiente.

Programación biológica

— Los seres humanos, al igual que el resto de los animales, están biológicamente programados para ser egocéntricos (antropocéntricos) y también para preocuparse por lo inmediato. Lo que debemos explotar es la capacidad conceptualizadora del ser humano para hacer posible que la humanidad deje a un lado esta programación biológica y adopte una perspectiva de gran alcance que le permita sobreponerse a sí misma reconociendo que sólo cuando esta especie se convierta en ecocéntrica será posible un futuro prometedor.

Este aspecto es especialmente preocupante. Da a entender que a menos que la especie humana supere la programación biológica, las fuerzas del corto plazo ejercidas sobre los políticos electos les impedirán adoptar una perspectiva de largo plazo y realizar el cambio de una conducta antropocéntrica-egocéntrica a otra de acento ecocéntrico. Si las democracias no consiguen restablecer una ecosfera sostenible, indudablemente no es probable que lo consigan los gobiernos totalitarios a menos que estén dirigidos por los mesías más benevolentes y clarividentes.

Tener fe

— Fe en que la humanidad saldrá de esta crisis vital por los mismos procedimientos con los que hasta ahora ha propiciado una ecosfera insostenible.

— Fe en que la tecnología va a producir soluciones para todos los aspectos del control de la población, de la producción de alimentos, de la biodiversidad, del consumo material y energético ex-

cesivos unidos a una producción también excesiva de desechos.

— Fe en que las fuerzas económicas y de «libre mercado» induzcan el tipo de cambio en los hábitos de conducta, de consumo y de producción de desechos capaz de corregir la degradación medioambiental.

— Fe en que los líderes (políticos, espirituales, de la coomunicación, analíticos y académicos) entiendan plenamente el problema y ofrezcan la orientación, las políticas y los programas capaces de permitir que la sociedad corrija la situación.

LA SALIDA

Estos factores que constituyen la respuesta a la tercera pregunta apuntan también a una situación muy grave, aunque no desesperada. Teóricamente sin duda es posible corregir la sostenibilidad deteriorada, aunque no destruida, de la ecosfera. Sin embargo, en una escala significativa, puede que sea un empeño que no está al alcance del ingenio humano, de forma muy especial de los hombres de los países superdesarrollados:

— En primer lugar, aceptar que la situación puede llegar a ser catastrófica.

— Segundo, abordar las cuestiones desagradables y espinosas que se plantean en este trabajo.

— Tercero, reconocer que el «desarrollo sostenible» no es la respuesta sino más bien un espejismo y una trampa peligrosamente engañosa.

— Por último, elaborar programas prácticos de trabajo que corrijan realmente la situación.

Ya es hora, si no es ya demasiado tarde, de que toda la humanidad, especialmente los líderes políticos, los funcionarios informados, los líderes espirituales, los comunicadores y los académicos que supuestamente están versados en cuestiones relacionadas con la sostenibilidad de la ecosfera:

- piensen lo impensable,
- modifiquen lo inmodificable.

De lo contrario, ¡la catástrofe EVITABLE no podrá ser EVITADA!